

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACIÓN PARA EL HOGAR

SARA CASAL VDA. DE QUIROS, DIRECTORA

Nuestros Educadores



DON J. FIDEL TRISTÁN

Maestro de verdad, don J. Fidel Tristán vió un apostotado en la enseñanza y se dedicó a ella con todo lo que tuvo de fuerte y de noble. Ilustró las inteligencias, pero no descuidó la formación del corazón de sus educandos.

Aun después de muerto, y esta es su gloria imperecedera, su espíritu sigue palpitando en las aulas del Colegio Superior de Señoritas y del Liceo de Costa Rica, cuya Director fue.

Pero hay más: incansable vulgarizador de los secretos de la naturaleza, que su inteligencia y tenacidad iban arrancando, le valieron el aplauso de los grandes centros científicos extranjeros. Y era la misma patria, quien recogía esa gloria.

Vaya nuestro tributo lleno de gratitud, para el gran maestro, que sigue viviendo en el alma de todos nosotros.

SARA CASAL Vda. DE QUIROS.

CONTENIDO:

	<u>Página</u>
Editorial.—Crisis en Hollywood ¿Quién lo creyera? Sara Casal Vda. de Quirós.	1217
La influencia del cinematógrafo	1218
Carta S. Durán Escalante.	1219
Pésame Sara Casal Vda. de Quirós.	1219
El fumado en las jóvenes	1220
El Crucifijo en la guerra (histórico) Anselmo.	1222
La Madre (artículo quinto) María del Pilar Sinués.	1224
La Prensa Federico Escobar. <small>(Selección enviada por doña Eulalia Facio Vda. de Zamora).</small>	1225
Código Social. Honores Póstumos	1226
Señora y Reina del mundo	1227
La firma de Colón A. Arié.	1228
A Elisa Juan R. Jiménez. <small>(Selección enviada por doña Elenita Volio de Lahmann).</small>	1228
Recetas de Cocina Digna Casal de Solari.	1229
La Expatriada Novela por M. Delly.	1230



BOTICA NUEVA DE SAN JOSÉ

Fundada el 1.º de Junio de 1899 por su propietario

MARIANO JIMENEZ ROJAS

Una de las más acreditadas boticas de San José, especialmente por la confianza que tiene el público en el despacho de sus recetas.

Bettina de Holst

Frente a "La Tribuna"

Nos llegó género de encaje crudo y encajes bellísimos para ropa interior. Variadísimo surtido de guantes muy elegantes. Cuellos y pieles para abrigos. Gran variedad de collares. Cintas de terciopelo en bellísimas y variados colores.

Lanas para tejer. Pajas estilos nuevos para sombreros.

Velos variadísimos para la cara.

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 6 de Noviembre 1932

DIRECTORA

Sara Casal v. de Quirós

Apartado 1239

Teléfono 3707

ORIGINA: 125 varas al Este
del Seminario,
Calle de La Soledad

Suscripción Mensual

de cuatro números:

C 1.00

EDITORIAL

Crisis en Hollywood... ¿Quién lo creyera?

ESPERÁBAMOS donde el peluquero el turno para uno de nuestros niños y para no aburrirnos demasiado, cogimos la primera revista que encontramos, el número de setiembre, de Cinelandia; hojeamos y tropezamos con el título «La gran Crisis del Cine».

De la América Latina llegaba a Hollywood anualmente la bicoca de 20 millones de dólares; ahora solamente llegan 12 millones, es decir, mensualmente un millón y los empresarios de la industria que ha causado a la humanidad más daños que provecho, están alarmados por la merma de sus entradas.

Reuniéronse en Hollywood en uno de los grandes salones del gran Hotel Beverly Wilshire, empresarios y artistas para discutir sobre las posibles causas de la crisis que amenaza la industria y fatales consecuencias para los que en ella actúan.

Asistieron a la asamblea: Mr. Cecil B. de Mille, Mr. M. A. Lightman, Presidente de la asociación de empresarios teatrales más poderosa de Estados Unidos, y Mr. Sidney Kent, recién designado presidente de los estudios Fox, Mr. Jack Warner, presidente de los estudios de su nombre y demás empresarios de cine y todas las célebres estrellas del cine; aquella reunión, más parecía un estreno de una pieza célebre de teatro, por el lujo y por los nombres célebres de los asistentes.

Se dijeron muchas verdades y entre otras, copiamos aquí para deleite de los lectores y por considerarlas más importantes, éstas: «El cine ha perdido mucho la humana naturalidad de los argumentos. El gran público no puede gozar ni celebrar esas producciones en las cuales no hay humana verdad ni sentimientos normales, habiéndose abandonado los temas sencillos o románticos que exaltaban el ingenuo entusiasmo popular, para reemplazarlos por asuntos de ultramodernismo, frívolos y ficticios. Gran parte de la producción actual, más digna de ser censurada que aplaudida, explota ánguños sexuales que hubiesen avergonzado hace algunos años, y si al hacerlo, se ha conseguido atraer a las boleterías a un pequeño grupo de gentes que quizás no iban al cine antes, en cambio se ha barrido de ellas a millones de ciudadanos y familias normales y sencillas que eran las que producían las fantásticas utilidades de la industria». Hasta aquí las palabras textuales de uno de los oradores de la gran asamblea cinematográfica.

Fueron muy francos en Hollywood y se consideran avergonzados de lo que producen; hacen una división del público que asiste al cine, pues dijeron: «las familias normales se han retirado, y los que asisten a nuestras sensuales producciones, los que se deleitan en lo que hace algunos años nos hubiera avergonzado filmar, es gente baja y, en cambio, el público sensato, el público sencillo, pero moral, se ha retirado del cine y de ahí la merma de las entradas».

Cada vez que hemos censurado el cine se nos ha tildado de exageradas, de ridículas, de beatas, etc., etc.... Lo que dejamos apuntado viene a confirmar nuestra manera de pensar sobre el cine... esos empresarios no son beatos, ni siquiera religiosos; son grandes empresarios que lo que más les preocupa en este problema es el éxito pecuniario; la moralidad es lo de menos; si han hablado de ello, es porque han comprendido que la moralidad de la América Latina, no ha descendido tanto como creían y que todavía hay mucha gente sensata, que

estima, y estima a sus hijos para dejarlos enfangarse en un cine inmoral, bajo, que destruye todo ideal de belleza, de pureza, de honradez, de una vida sana y santa de hogar. Hay películas que dan asco por lo indecentes y, sin embargo, las encuentran muchos muy naturales y los que las producen, se censuran ellos mismos por haberlas producido.

Ojalá que sirvan las francas opiniones que anotamos para abrir los ojos de los padres de familia, los del censor oficial, los de las autoridades, para comprender mejor la clase de cine que nos llega, para prohibir a los hijos que vayan al cine; el censor que sea más estricto en su censura, ya que tuvo la debilidad de autorizar «La Pelirroja», película inmoral que es de la clase de las que censuraron en Hollywood, y a las autoridades para no permitir que se den películas inmorales ni permitir que los niños asistan al cine, desde menores de edad.

Sara Casal Vda. de Quirós

La influencia del cinematógrafo

La voz de alarma contra las perniciosas enseñanzas de la mala cinematografía ha sido dada muchas veces por todos los órganos del periodismo. Rara será la publicación que alguna vez no haya hecho eco de las funestas consecuencias que se anticiparon y que cada día se muestran con mayor relieve.

Por la fácil acogida que brinda el público inculto a la vida aventurera de los grandes delinquentes, por el afán morboso de conocer cada uno de los episodios de un malvado convertido por la publicidad de sus faltas en héroe popular, el público se congrega a recrearse con emociones enfermizas. Las empresas cinematográficas no están constituidas por filósofos ni moralistas; están formadas por espectadores que unas veces transigen con que el arte imponga la belleza y otras, las más, con que se supediten a servir con refinamiento desmoralizador a presentar el delito con todos los horrores de la más cruda realidad. Se desmoraliza con una lujosa ostentación inaccesible para la mayoría del público que concurre a una sala de espectáculos cinematográficos y aspira a llegar algún día a vivir como refleja la pantalla. Se desmoraliza fomentando las pasiones, las luchas, mostrando las lacras sociales con habilidad de delincuente impune, aunque en breve episodio el malvado caiga en manos de la justicia. ¡Eso ya no interesa! Lo que atrae es la destreza y pericia en esquivar el detective, en burlar la organización policial; lo interesante es la primera parte: la limpieza con que se ejecuta el delito, siempre expuesto

en tal forma que la falla que delatara al autor pueda ser subsanada por la imaginación del público. ¡Un poquito más de destreza y nadie hubiera sabido quién fue el ladrón o quién cometió el crimen!

Si el afán de superar a los demás hace que una persona mejore un invento, perfeccione una industria o modifique un mecanismo, ese afán en quien no tiene otras miras que vivir de lo ajeno o librarse en cualquier forma de quien se cruce en su camino encuentra en la cinematografía a que aludimos una escuela de delincuencia y una verdadera ampliación de estudios perniciosos para la sociedad.

Cuando no existe un germen morboso, pero se carece de refinamiento, el espectáculo de una lucha cruenta, de un combate cruel, propende a fomentar la indiferencia ante un cuadro horripilante.

La cinematografía nos ha acostumbrado a contemplar impasibles un choque, un derrum-

Dr. Alexis Agüero

MEDICO CIRUJANO

OCULISTA

De la Facultad de Medicina de París

Oficina: 75 varas al Norte
del Correo.

Teléfono 2712

hambre, un incendio, la caída de un jinete, una persecución a mano armada, una lucha en la que los golpes no son simulados aunque haya mucho truco y los muebles sean de cartón y la sangre sea glicerina y los moretones pintura. El espectáculo es horripilante: el contrincante encuentra a mano un hacha y se la arroja violentamente a su agresor. El hacha se clava a unos centímetros de la cabeza. Hemos visto arrojar una lámpara de petróleo y arder a un hombre. Todo ello representa un esfuerzo artístico (?) digno de mejor tema, de una argumentación más elevada y más digna.

Si cierta prensa repudia publicar en sus columnas el relato minucioso del delito, aunque su marcha económica se perjudique, ¿por qué esa norma moralizadora no se impone contra la exhibición de películas muchísimo más nocivas que esos relatos periodísticos?

Las películas que más público congregan son precisamente las más perjudiciales para la sociedad. ¿A qué asombrarnos de que la delincuencia se propague si la enseñanza cinematográfica está dando cada día más copiosos frutos?

(De Para Ti).

CARTA

Octubre, 15 de 1932.

Sra. doña Sara C. v. de Quirós,

Ciudad.

Mi distinguida amiga:

Es un precepto obligatorio, ahora, leer su Revista en los hogares a donde aun imperan sentimientos de honor y de virtud. Ella es el evangelio, de la misa semanal que se oficia, cuando en un rato de meditación se purifica el alma, para llegar,—por medio de la razón y de la fé,—hasta Dios.

Sus frases de amor para sus semejantes, parecen las palabras sublimes de Aquel que dijo: "Amaos los unos a los otros"; sus protestas contra el vicio y el enfermizo ambiente, las advertencias de los Santos Libros, que al hablarnos de los castigos eternos, ponen sobre nuestras vidas atormentadas por el pecado, la angustia, la suprema congoja, que llena el espíritu de amargura para hacerlo buscar, cuando sufre y cuando llora, al mártir del Gólgota, que tantas promesas de mejores días hiciera a los buenos, "sellándolas con su sangre divina en el Calvario".

Siga la senda, por donde han ido "los pocos buenos, que en el mundo han sido". Día llegará en que obtenga, para su dicha, el premio a que su labor la hace acreedora. Todos gozamos momentáneamente, en la vida y necesitamos recibir desengaños que destrocen nuestro corazón, para saber que los hombres sólo tenemos a los padres en la tierra y en los Cielos a Dios.

Entonces, con la amargura en los labios, plagiando a Jesús de Nazareth, cuando bebió, momentos antes de morir, unas gotas de vinagre, decimos: "Padre, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores porque no saben lo que dicen ni lo que hacen".

Para esos momentos de dolor, en que la mente reflexiona y el espíritu medita, se hace indispensable su Revista. Ella dice la verdad; aplaude la virtud y confunde el mal.

No importa que el ambiente luche contra quienes predicán el bien y fustigan el vicio; no importa, que al decir la verdad se lastimen los grandes y los pequeños, sólo importa servir a las causas grandes y nobles, entre las cuales, la mayor es, indiscutiblemente, salvar las almas, para que gocen de un eternidad feliz aun cuando sufran el instante que en la inmensidad del tiempo, representa la humana existencia.

Un aplauso por su labor, junto a las más altas pruebas de mi estimación respetuosa para Ud.

Soy su aff^o amigo,

S. DURÁN ESCALANTE

PESAME

A nuestro buen amigo don Alberto Blanco M. y a su apreciable hijo, le enviamos nuestro más sentido pésame por la muerte de la virtuosísima esposa y madre, doña Chepita Chaves, que de Dios goce.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS

El Crucifijo en la guerra

(Histórico)

A pesar de todas las maquinaciones de los impíos, todavía hoy, en los campos de batalla, se alza triunfante el santo Crucifijo. El símbolo de la caridad y fraternidad divinas, el iris de paz entre las iras del cielo y los pecados del mundo, la cruenta víctima del amor infinito, el crucifijo, irradia sus carismas de imponderable mansedumbre entre las espantosas explosiones de furor, en que hoy se agita la fiera humana. Pero el crucifijo se ve allí solamente para continuar su misión amorosa de pacificar las almas y fraternizar las naciones.

Gracias al crucifijo, en medio de ese desquiciamiento universal, centellean de vez en cuando fulgores de amor divino; de aquellos pantanos de sangre humana brotan flores de perfume celestial; ante aquellas fétidas emanaciones susurra mansamente alguna vez la brisa de la paz de Cristo, que orea las almas.

Aquí tenéis un testigo de esa misión del Crucifijo. Es un soldado inglés, alto y fornido, de rubios cabellos, ojos azules, rostro voluminoso, sanguíneo, no tan bien afeitado como acostumbra sus compatriotas fuera de la guerra. Es protestante: su secta le prohíbe como idolatría venerar el crucifijo.

Con sus compañeros de destacamento camina sobre campos talados y horadados por la artillería. El cansancio y la fatiga le oprimen con peso mortal. Arrastrándose jadeante y desfallecido llega a las ruinas de un pueblecillo arrasado. Al pasear su vista cansada por escombros informes, divisa un gran crucifijo enhiesto, que parecía verter lágrimas de sangre sobre aquellos derruidos hogares, que tal vez ahora son tumbas de sus pacíficos habitantes. Aquel crucifijo cautiva misteriosamente la atención del soldado protestante, que se siente fascinado, atraído por fuerza irresistible hacia la imagen redentora. Quiere apresurar su paso para abrazarla, besarla, regarla con su llanto, pero la fatiga encadena sus pies. Hace un esfuerzo supremo. Un paso más y llegará.

Mas cuando quiere dar ese último paso, cae inerte, privado de sus sentidos. Su vida de relación ha desaparecido por completo.

Manos caritativas trasladan solícitas al desvanecido a la primera casa abandonada, que se pudo hallar. El pobre soldado reacciona, vuelve en sí y recorre con su vista lánguida las paredes escuetas de aquel triste alojamiento. De repente aquellos ojos mortecinos se iluminan y aquel pálido rostro revive. ¿Que ha visto? Colgado de la blanqueada pared, otro crucifijo, que con sus brazos tendidos le brinda un abrazo de un Dios todo amor. ¡Oh, exclama arrebatado, *es el mismo!* Y sin poder contenerse, corre hacia la imagen, la toma en sus manos y dice con tiernísimo afecto: ¡Oh, cuánto deseo llevarlo conmigo! ¡Oh, cuánto lo amo! ¿No veis cómo me arrastra hacia sí? Pero llevarlo sería un robo. Lo dejaré, pues, y quizá consuele otras almas como me ha consolado a mí”.

Una orden terminante lo arranca de aquel lugar. Cuelga el crucifijo de la blanca pared, y parte a ocupar su puesto en el combate, precisamente en el arruinado pueblecillo donde vió el primer crucifijo.

Se empuña la batalla, que arrecia por momentos. Nuestro soldado cumple su deber como un héroe, dirigiendo continuas miradas al rostro moribundo del crucifijo, a cuyo pie le toca pelear. Su ardor corre parejas con su devoción, tanto que entabla con la santa imagen monólogo tiernísimo.

Pero ¡ay! cuando con más fervor miraba y hablaba al crucifijo un casco de granada, con rasgos siniestro e infernal silbido, cruza de perfil el rostro del infeliz soldado, destrozando

CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X, Dentaduras de Hecolite, material nuevo que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 25 v. al N. del Carmen

sus órbitas y arruinando para siempre sus ojos. ¡Pobre! Ya no verá más el cielo ni la tierra... ¡y todo por mirar a un crucifijo! Le creeríamos desesperado. Mas no. El pobre ciego no se inquieta. Al recibir la fatal descarga del cañón en los ojos, recibió del crucifijo otra descarga de luz celeste y de amor divino. Por eso, siéntese inundado en un gozo propio de los bienaventurados; no puede contener su dicha y prorrumpe en ecos de júbilo inmenso: "Jesús, exclama, *es todo mío; yo soy todo suyo*". Y repite y vuelve a repetir mil veces esa frase sublime, que hace eco a la pronunciada por la celeste enamorada del Cantar de los Cantares: *Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado*. Ese eco jubiloso resbala por los labios del ciego militar como esencia exquisita de un panal de los cielos.

Mientras nuestro soldado derramaba su corazón en amantes palabras dirigidas al crucifijo, es recogido por la ambulancia y luego colocado en un bajel con rumbo a Inglaterra. No quiere que le compadezcan. A sus interlocutores sólo contesta pidiendo, por caridad, un crucifijo, porque se le hace imposible vivir sin él. A falta de otra cosa, le dan un rosario. Nuestro soldado lo toma agradecido y se lo pone al cuello, pero palpa la cruz que a la extremidad del rosario pendía, y al encontrarla lisa, continúa pidiendo un crucifijo.

Por fin, hallóse una piadosa señora que llevaba un crucifijo. Apenas tuvo noticia del piadoso deseo del herido, apresuróse a entregarle la codiciada imagen. El soldado, apenas la recibe, la palpa con avidez, y cuando sus dedos temblorosos chocan con las espinas y los clavos, siéntese fuera de sí, y arrebatado por el entusiasmo, exclama: *sí, sí, es el mismo; Él es todo mío; yo soy todo suyo*. Y continúa desahogándose largo rato con aquel Señor, en quien halla toda su felicidad.

Él es feliz y así lo dice a todos. A los que dudan de sus palabras les habla de esta manera: *Yo no veré ya nada en esta vida, pero lo último que han percibido mis ojos ha sido un gran crucifijo, que profundamente quedó grabado en mi corazón. Nada más deseo en el mundo. Jesús es todo mío; yo soy todo suyo*".

Algunos días después, el soldado, después de oír a un sacerdote católico la historia de la Pasión, pide el santo bautismo, que no tardó

en recibir fervorosamente, con la confirmación y primera comunión, que seguidamente se le administraron.

Y ahora, ya regenerado por las aguas bautismales, cree estar en la antesala del paraíso; pero no suelta de sus manos el santo crucifijo, que estrecha con abrazos cordiales y acaricia con besos de fuego, repitiendo de continuo: *Jesús es todo mío; yo soy todo suyo*.

ANSELMO.

Doctor don Eduardo Fournier

Saludamos muy atentamente al Doctor don Eduardo Fournier Quirós, quien acaba de llegar al país, después de haber triunfado en la Universidad de Madrid, doctorándose en medicina. Sólo sentimos que su triunfo se viera ensombrecido con la dolorosa muerte de su querida esposa. Deseamos que el cariño y atenciones de sus muy apreciables hermanos, familia y amigos, le haga menos dolorosa su pena, para que muy pronto la sociedad de San José pueda aprovechar los valiosos conocimientos del apreciable Doctor.

SARA CASAL VDA. DE QUIRÓS.

Doña Anita Peralta de Fernández

Ha sido dolorosamente impresionada la sociedad de San José con la inesperada muerte de la muy apreciable dama doña Anita Peralta de Fernández, señora muy inteligente y de gran carácter, a quien no la aventajaba en los negocios ningún varón. Activa, económica, de conversación amena y agradable, se pasaban las horas deliciosamente con ella. De ideas feministas muy avanzadas, sin ser exagerada, que es lo que más gustaba; el feminismo en Costa Rica pierde una de las damas de más valer.

Para sus apreciables hijos, hermanos y demás familia, nuestro más sentido pésame.

UN MINUTO DE FILOSOFÍA

¿Qué es eso, joven? ¿Te alejas de Dios? Ya tendrás que volver a Él de un modo o de otro.

La Madre

Por MARIA DEL PILAR SINUES

(ARTÍCULO QUINTO)

I

De la hermosa, amable e interesante madame de Sevigné es de quien vamos a tratar en este artículo, como uno de los modelos de amor maternal que conocemos.

Infeliz en su enlace, no obstante que estuvo de acuerdo con su corazón, quedó viuda muy joven, y en vano fue que se viese rodeada de los más brillantes partidos; quedáronle dos hijos, y se dedicó sola y exclusivamente a *ser madre*.

La marquesa de Sevigné amaba mucho a sus dos hijos; pero el varón no alcanzó las infinitas pruebas de ternura que dió a su hija Margarita Francisca, que luego fue la Condesa de Grignan.

A la ternura maternal que la Marquesa profesaba a su hija se debe esa obra maestra de naturalidad y de gracia, esas *Cartas*, que aún nos interesan tan vivamente: se admira en ellas el espíritu ingenioso de su autora, y su imaginación fresca y llena de brillantez; pero se admira más aún su corazón maternal, en el que habitan como en morada propia una ternura y una afección inagotables: hay en esas cartas expresiones mil veces repetidas, pero que parecen siempre interesantes y siempre nuevas: su elocuencia tierna y sublime es tan natural, tan delicada, tan persuasiva, tan amorosa, que admira profunda y tiernamente: se ve en las cartas de esa madre a su hija, pintada la verdadera manera de amar, que se olvida de sí misma y se ocupa sólo de la dicha del objeto amado.

La Marquesa, sin embargo, no era pagada por su hija con un amor igual al que le daba. Margarita era dura, altanera, fría de corazón, y frecuentemente necesitaba del perdón maternal: la hija era una mujer irreprochable, y la madre, que tenía todas las amables debilidades de su sexo, se veía juzgada duramente, y algunas veces reprendida con severidad por la misma hija a quien adoraba.

Hemos dicho que Margarita, Condesa de Grignan, tenía necesidad muchas veces del perdón de su madre, y en ninguna ocasión resplandecen mejor la delicadeza y el pro-

fundo amor de la Marquesa a su hija, que cuando tienen que perdonarla.

"Tú me amas, hija mía, le escribía, y me lo dices de un modo que trae a mis ojos abundantes lágrimas: te complaces pensando en mí y en hablar de mí, y dices que nunca eres tan dichosa como cuando me expresas tus sentimientos. Cuando estos sentimientos llegan a mí, son recibidos de un modo que sólo puede ser comprendido por los que saben amar como yo te amo; tú eres para mí el mundo entero, y sólo a ti conozco."

Este sentimiento tan vivo no hizo la dicha de madame de Sevigné: vivió separada de su hija desde el casamiento de ésta, y no pensó en que cuanto más elevamos un ídolo, más le separamos de nosotros: en todos los amores de la tierra, la ceguedad, la idolatría, sólo llevan a la desgracia.

En tanto que no salió del lado de su madre, la joven Margarita fue el objeto de los más tiernos cuidados de aquélla: la presentó en la Corte, y la adornaba del modo más a propósito para hacer resaltar su belleza, que era perfecta; joven aún la madre, bella y más agradable que la hija, pues su hermosura era de un carácter infinitamente más dulce que la de Margarita, apenas pensaba en sí misma, reservando todos sus cuidados y desvelos para la hija que amaba más que a sí propia.

Luis XIV, prendado de la admirable hermosura de Margarita, cuando ésta fue presentada en la Corte, la distinguió mucho, y hubo noche que bailó con ella cuatro veces seguidas. Margarita no era insensible a los homenajes de aquel Monarca, hermoso joven, y al que se miraba como un semidiós: a los diez y seis años no hay bastante fortaleza para reflexionar, y el alma de aquella niña, bien que oculta tras de un espeso velo de dureza y de egoísmo, era ardiente y ambiciosa.

Madame de Sevigné tuvo mucho que sufrir para combatir las seducciones del Rey.

No se atrevía a dejar de ir a las recepciones de la Corte con su hija, pues conocía el carácter del Monarca, y temía que la misma priva-

ción de ver a Margarita le empujase a cometer violencias para llegar hasta ella.

Dióse, pues, prisa a casarla con el Conde Grignan, hombre de edad madura, sin que llegase a la vejez, padre de dos hijos, pero que amaba a Margarita con todo el entusiasmo del último amor.

Margarita fue dichosa en aquel enlace, pero no así su madre; había deseado ésta ante todo que su hija no se separase de ella, y así se lo prometió el Conde de Grignan; pero en breves órdenes superiores del Gobierno, y que él no esperaba, le hicieron salir de París, al cual no volvió en muchos años.

De aquella separación nacieron las cartas de madame de Sevigné, cartas admirables y de las que ya nos hemos ocupado.

La amorosa madre no pudo resistir largo tiempo sin ir a ver a su hija, y pasó a su lado algunos meses; pero sus ocupaciones y su fortuna la llamaban de nuevo a París, y los dolores de la ausencia empezaron para ella con mayor y más profunda intensidad; para que su correspondencia fuese interesante y no fatigase la atención de Margarita, madame de Sevigné se informaba de todas las anécdotas de la Corte, de todo lo que sucedía, y lo refería en sus cartas a su hija con una gracia y una viveza encantadoras, y teniéndola al corriente de todas las novedades.

El amor de madame Sevigné llegó para su hija hasta la idolatría; y nosotros creemos que son preferibles las madres cristianas como Santa Mónica y como Blanca de Castilla, a las que, como madame de Sevigné, convierte en una pasión desordenada y ciega el amor maternal, pues este amor, cuando no es débil, es grande, poderoso, admirable; podría reformar

el mundo si tuviera la conciencia de su misión, si comprendiera que no se trata solamente de amar al hijo, sino que es preciso educarle y salvarle de los peligros que le rodean.

Es fácil y cómodo amar el cuerpo de un hijo, embellecerle y adularle; pero; cuánto más hermoso y más grande es pensar en su alma!

El grande honor, cuando una mujer es madre, no es el sacrificio por su hijo, porque el sacrificio es dulce para la que lo cumple; es el sacrificar en caso de necesidad la vida misma del hijo, y estimar en más que esta vida tan cara, la verdad, el honor y la virtud; **es querer más verle muerto que ver marchitas en su alma esas santas y delicadas flores.**

Reconvenían no hace mucho a una madre delante de nosotros porque, en vez de reprimir la excesiva sensibilidad de su hijo, le excitaba con lecturas tiernas, y llevándole a socorrer a los pobres y a los enfermos, y le acusaban de que le hacía desgraciado.

—Amigo mío—respondió aquella madre; —prefiero el que mi hijo sea bueno a que sea feliz.

UN MINUTO DE FILOSOFIA

Negar la fe es una cosa para la que no se necesita talento ni sabiduría. Lo puede cualquiera.

La Prensa

(Envío de doña Eulalia Facio Vda. de Zamora).

Para Guillermo Andreve.

*La Prensa no es el eco del tumulto,
ni es aplauso al gobierno de los sables;
es Rayo X de fuerzas formidables
que nunca deja al criminal oculto.*

*La Imprenta, templo de sagrado culto,
no profanen jamás los miserables:
allí deben entrar los impecables
que no esgrimen las armas del insulto.*

*Nunca la Prensa en las naciones sea
de vulgares pasiones instrumento,
sino balanza espléndida de Astrea*

*o vastísimo campo del talento,
en donde triunfe la mejor idea
tras la suprema lid del Pensamiento.*

FEDERICO ESCOBAR.
(Panameño)

VESTIDOS EXTRANJEROS

de última novedad, muy finos,
para señoras y señoritas, recibí

LA TIENDITA

de doña CLAUDIA DE GARRON

CONTIGUO AL GARAGE ALFARO

TELÉFONO 3395

Código social

Honores póstumos

Desdichadamente hemos de ocuparnos de este asunto, pues dejar para el último momento cuantas medidas sean de rigor sería no atinar llegado el momento de amargura a hacer cuanto es uso y costumbre en estos casos. Corresponde ocuparse de todos los detalles concernientes a la capilla ardiente, esquelas, entierro, funerales, etc., etc., al pariente más cercano al finado.

Cuando se trate del fallecimiento del padre, será el hijo mayor quien asuma las funciones de organizador de las honras fúnebres, siempre de acuerdo con la madre, a quien se la libraré de esa dolorosa carga.

Nuestra sociedad cuenta con poderosos medios para abreviar esta ingrata tarea; toda empresa de pompas fúnebres facilita la partida de defunción, que debe extender el médico, la comunicación al Registro Civil, la legalización de la partida, requisito sin el cual no se puede verificar la inhumación, la comunicación a los diarios locales y cuantos detalles escapan a los miembros de la familia que en esos momentos no suelen estar para dictar disposiciones con la calma y serenidad necesarias.

Ocurrido el fallecimiento se cerrará la puerta del zaguán. Amortajado el cadáver, piadosa tarea que sólo manos de quienes amaron y respetaron al difunto deben realizar, se dejará el cadáver en el lecho mortuario en espera de la instalación de la capilla ardiente, o si antes se le quiere rendir un sencillo homenaje, se le trasladará a la sala, depositándolo sobre el suelo y rodeándolo de cuatro cirios.

Instálase la capilla ardiente en el dormitorio cuando éste es de suficiente capacidad y está situado en lugar cómodo para los visitantes que rendirán al finado su última visita y lejos de las demás habitaciones de paso o de tareas subalternas, pues el trajín de las tareas parecería una irreverencia.

Sobre cuantos adornos rodeen al cadáver campearán los crespones negros, si el finado es casado y blancos, si es soltero.

Aunque parezca descortesía para quienes remitan coronas, debe implantarse la costumbre de no depositar todas las coronas, ramos,

etc., en torno del cadáver, en consideración a que habiendo de velarlo los miembros de la familia y los amigos más allegados de cuantos concurren al velorio, la atmósfera se hace irrespirable.

Quienes sólo asistan por deber de cortesía no permanecerán en la capilla ardiente más que el breve instante para recoger el espíritu y elevar una plegaria por el alma del muerto.

Toda escena espectacular, impresionante y conmovedora debe ser evitada a los miembros de la familia, que están en esas circunstancias para recibir consuelo y no para enconar su herida con manifestaciones circunstanciales de aflicción.

Los demás concurrentes estarán en otra habitación hablando en voz baja, sin desligarse del duelo que aflige a la familia amiga; y si se conversa sobre distintos temas ajenos al acontecimiento, se hará con la debida circunspección y respeto, no considerando la muerte como un pretexto para reunirse y pasar la noche tan elegantemente como pudo transcurrir en un centro de distracción.

El cadáver permanece sin inhumar veinticuatro horas a partir de la del fallecimiento.

La hora del sepelio debe fijarse (a menos que las circunstancias obliguen a apresurarlo) en momento en que no se le reste a ninguna de las amistades del difunto oportunidad para acompañarlo a darle cristiana sepultura.

Cerrada una hoja de la puerta de calle, le que ya de por sí indica el triste aconteci-

Cuide sus ojos

Valen mucho

Nosotros le daremos los anteojos que Ud. necesita después de hacerle un examen científico

Consultorio Optico Rivera

Frente al Hotel Costa Rica

Teléfono 3347

miento, quedará entornada la otra hoja y un lacayo de la empresa de pompas fúnebres será el primero en recibir a los visitantes, haciéndoles la oportuna indicación para que sepa dónde se encuentra la capilla ardiente.

De los miembros de la familia, son los varones los encargados de recibir a los caballeros y la mujeres a las damas .

Se sobreentiende, que los amigos de la familia deben aliviarles la dolorosa tarea compartiendo con ellos cuantas atenciones abrumen su ánimo en estas circunstancias .

En los tiempos en que la prensa no estaba tan difundida, se comunicaba el fallecimiento y la hora del entierro por tarjetas. No es posible comparar la gran ventaja de insertar un aviso en los diarios al antiguo sistema, sin poner en evidencia los mil contratiempos de omisiones, tardanza en recibir el aviso, etc., etc., del antiguo sistema.

Se agradece en cambio la asistencia al entierro por tarjeta. Sin embargo, es indispensable que los asistentes al sepelio hayan depositado sus respectivas tarjetas o en la casa mortuoria, en el cementerio, en las urnas puestas para el caso, o hayan sido remitidas por correo en caso de inasistencia.

El duelo se manifiesta vistiendo luto y por los actos y comportamiento mientras dure el plazo. El hombre, por ejemplo, reanuda sus tareas en breve plazo. Ne debe en cambio asistir a centros de distracción, fiestas, bailes, etc.

La mujer se abstendrá de toda vida social hasta que el término de luto haya transcurrido. Entiéndase que el plazo se refiere al luto en su período más riguroso y que la vida social quedará circunscrita a visitas de amistad en su círculo más íntimo.

El grado de parentesco rige la duración del luto. Dos años debe durar el que se lleve por los padres o esposos. El resto de la vida cuando un esposo de edad avanzada pierda a su esposa o viceversa.

Por sus hijos mayores luto dos años.

Por los abuelos como por los hermanos el luto no durará más de un año.

Las hijastras llevarán por la madrastra fallecida un luto de un año.

Los nietos en el mismo caso, un luto de seis meses.

Transcurridos los dos años o el año de luto riguroso, empieza el alivio de luto.

Con ropa de luto no deben llevarse alhajas, fantasías ni caprichos.

Sólo se acompaña de piedras negras opacas, y cuando el luto entre en el período de alivio están admitidas las perlas .

El rigor del luto exige que durante la mitad del primer período no se haga música ni aun para estudio.

Se esperará a que transcurra el luto riguroso para ejecutar obras de música de cámara, pero no obras bailables, etc .

En cuanto a la forma de los vestidos de luto, la moda da la norma dentro de la mayor sencillez.

Señora y Reina del Mundo

¿Qué es la mujer? La mujer es la amada compañera del hombre, elegida por él entre todas para ser la luz de su hogar, hasta entonces solitario, la señora del pequeño dominio que él posee, la prudente ecónoma de sus bienes, y por encima de todo la venerada madre de sus hijos e hijas: tal debe ser la mujer en su verdadero papel.

La mujer es la influencia buena o mala que rige a la sociedad, es la señora y reina del mundo, la recompensa del genio, la protectora de las artes, el hada que con sus miradas y sonrisas anima a los combatientes en la liza; es el punto, el móvil, el objetivo de la vida del hombre.

Y aún queda mucho por decir en su homenaje.

UN MINUTO DE FILOSOFIA

Hay hombres a quienes la fortuna no ensalza sino para hacerles ridículos.

Garage Alfaro

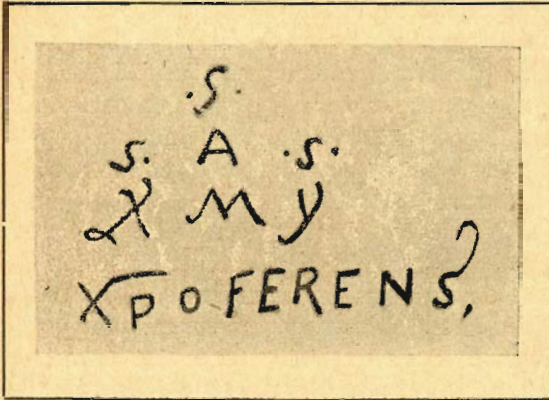
Teléfono 3128

Llame a este garage si quiere usted estar servido elegante y rápidamente y con toda confianza.

La firma de Colón

Como todos los documentos de la antigüedad no explicados a su tiempo, la interpretación de la firma de Colón ha hecho cavilar y ha dado margen a varias discusiones entre los investigadores y escritores del descubrimiento y de la vida del gran Almirante.

Era uso del tiempo, entre algunos pueblos latinos, acompañar la firma con algún símbolo o cifra de significación religiosa, con signos numéricos o convencionales, uniendo las principales letras del nombre y apellido. En la firma de Colón, se supone que las cifras e iniciales usadas como antefirma desempeñan una significación de índole piadosa.



El primer historiador del Descubridor, su primogénito don Fernando Colón, dice que su padre, todos los escritos de cierto interés los empezaba con estas palabras:

Jesús cum María sit nobis in via.

Esas mismas palabras aparecen en los libros que Colón envió a los soberanos acerca de sus profecías del descubrimiento y al rescate del Santo Sepulcro.

Giovanni Battista Spotorno, escritor escrupuloso de los anales de Génova y otro de los primeros historiadores del Descubridor, al referirse a la firma de Colón, dice que para leerla se debe empezar por las letras inferiores y coordinarlas con las de arriba, y le da esta significación: "O, Cristus (Cristo) Santa María, Josephus, O Sálvame, Xristus, María, Josephus".

Nuestro ilustre historiador don Ricard Fernández Guardia, al referir que las explicaciones que se han querido dar a las siete letras superpuestas, en la firma del Almirante al nombre de *Xpofereus* o Cristóbal, ninguna es satisfactoria, escribe: "V. Magry las interpreta así: *Supplex Servem Altissimi Servatoris Christus Maria Joseph.*

Con un poco de ingenio y mucho tiempo disponible se podrían hallar algunas interpretaciones más de las misteriosas letras, aunque también es posible que no haya tal misterio y que la explicación del caso resulte a la postre tan fácil como la del famoso huevo de Colón.

Entretanto se nos dé esta explicación tan deseada, voy a indicar lo que he hallado sobre el caso hojeando un libro, el *Armoria General* de J. B. Restetap.

En el tomo I, pag. 449, se lee que los Marqueses Colombo de Milán, tienen en un cuartel de sus armas las letras S S A S X M Y dispuestas en la misma forma que lo están en la firma de Cristóbal Colón.

Ahora bien, si dichas armas fueran anteriores a Colón, como es posible, tendríamos que las misteriosas letras serían tan sólo una divisa o distintivo de los del apellido Colombo."

A. ARIÉ

A Elisa

(Envío de Dña. Elenita Volio de Lahmann).

*Aún yerra en el jardín de mis quimeras,
aquel encanto pálido y lejano
que ponía en el luto del piano
el pensamiento gris de tus ojeras.*

*Y esta noche romántica, tú eras
luna, viento y cristal; tu dulce mano
estuvo entre las manos de este hermano
de todas las dolientes primaveras.*

*Mujer hecha de sombras y jazmines,
deja en el triste azul de mis jardines
esa belleza que a la muerte arrancas;*

*tú que nos diste ¡oh blanca flor de angustia!
bajo el lirismo de una fronda mustia
todo el perfume de las rosas blancas!*

JUAN R. JIMENEZ.

Recetas de Cocina

A cargo de doña Digna Casal de Solari
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

PUDING DE HIGADO DE RES

Dos libras de hígado de res, se dejan un rato en agua, cambiándola a menudo para que se desangre un poco; se le quitan los pellejos y se muele bien fino junto con tres hígados de pollo; se fríe en una cucharada de mantequilla, un ajo pelado y majado, una cebolla picada bien fina, y la carne de unas tres salchichas; luego se le agregan dos yemas crudas y se mezcla todo muy bien; cuando esto está frío se echa en el hígado molido, se sazona con sal y pimienta; se coge una libra de pan remojada en leche, se exprime bien y se mezcla con lo anterior; las claras se baten a punto de nieve, se les pone un poquito de sal y se mezcla muy despacio con todo. Esta preparación se pone en un molde untado de manteca y se pone en baño de María en el horno durante una hora. Se saca del molde, se pone en un platón y se sirve con salsa blanca, o salsa de tomate.

BUTIFARRAS

Se coge una libra de posta de cerdo, se lava y se muele bien fino, junto con una cebolla se condimenta con sal y pimienta y se le agrega una cucharada de manteca; se mezcla muy bien y se llenan las tripas con esta carne preparada, dejándolas no muy llenas; se amarra con cáñamo de trecho en trecho y se punza con una aguja en algunas partes para que al cocinarla salga el aire; se pone en el fuego una

olla de agua con sal y seis granos de pimienta, cuando hierve el agua se echan las butifarras y se dejan cocinar una hora; luego se fríen en manteca caliente partidas en pedacitos y se sirven.

HELADOS DE COCO

Se saca un coco de la cáscara y se pela bien, se ralla y se le echa una botella de agua, se pasa por un colador de manta rala, exprimiéndolo bien para que salga toda la leche del coco. Se vuelve a moler en la piedra, se le echa un vaso de agua y se cuele otra vez. Se le pone azúcar al gusto, un poquito de vainilla y se pone a helar en la sorbetera. Si se quieren hacer más finos se les agrega una crema de leche como en la receta de la revista No. 56, página 893.

ANECDOTA

Luis XVI hablaba un día del poder que tienen los Reyes sobre sus súbditos, y el Duque de Guisa se atrevió a decir que tal poder tenía límites.

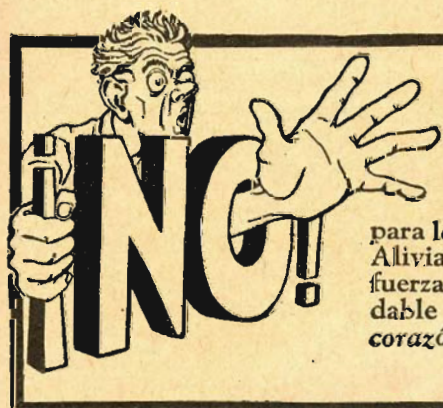
No agradó al Rey que se le presentaran objeciones y hablando con mucho calor dijo al Duque:

—Si yo le ordenara tirarse al mar debería arrojarse de cabeza el primero.

El Duque en vez de contestar se volvió brusca- mente y se dirigió hacia la puerta. El Rey le preguntó extrañado que a dónde iba y el Duque contestó:

—A aprender a nadar, señor.

Luis XVI se echó a reír y no volvió a hablar del asunto.



¡Absolutamente NO!

Nada existe igual a la preciosa

CAFIASPIRINA

para los dolores de cabeza, muelas, oído, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas, proporciona un saludable bienestar y no afecta el corazón ni los riñones.

“Si es BAYER es Bueno” →



La Expatriada

(Continuación)

Acababa de ver en el suelo el revólver que el príncipe arrojó lejos de sí en el momento de lanzarse hacia ella.

—¡Oh! ¡Debería haberlo quitado de su vista!—dijo éste recogiénolo y deslizándolo en un bolsillo de su pantalón.

Pero en aquel momento encontró la mirada de Mirtea, que expresaba, trastornada otra vez, una angustiosa súplica.

Ante aquella mirada, que llegó hasta el fondo de su ser, el príncipe Milcza se conmovió, como acaso no le hubiese ocurrido nunca.

Las últimas nieblas, que aún pugnaban por avasallar de nuevo su razón, disipáronse al ver el sincero interés que merecía a una joven que sólo altiva indiferencia y desagradecimiento había recibido de él.

—Prometo a usted solemnemente—dijo con emoción que no trató de reprimir—, no volver a usarlo para... semejante motivo. ¡Pero ruegue usted algo por mí, Mirtea...; usted, que comprende cuánto sufro!

La mano de la joven deslizóse en su corpiño y sacó la crucecita de plata. Sus grandes ojos, conmovidos y sublimes en su dulce expresión, levantáronse para fijarlos en los del príncipe.

—No sé si me he engañado—díjole tímidamente—, pero me pareció comprender que le sería a usted agradable conservar esta cruz en recuerdo de su amado hijito... ¡Si quisiera usted aceptarla!...

—¡Oh, no, no!—contestó vivamente el príncipe—. Es usted admirablemente buena y delicada; pero este sacrificio lo rehusó, Mirtea...

—Suplicóle que lo acepte. ¡Me consideraré sumamente dichosa al pensar que lleva usted como una égida este recuerdo de nuestra redención, que recibió el último suspiro de mi querida madre y el de su adorado hijito!

Y al decir esto, Mirtea puso en la mano del príncipe la crucecita.

Lo que nadie hubiera logrado en el mundo, hacer penetrar una gota de bálsamo consolador en aquel corazón que endureció la contradicción ante las veleidades mundanas y acababa ahora de oprimir la desdicha con férreas tenazas, lo consiguió al fin el sublime

sentimiento de una joven que supo compadecerse de una infelicidad incomprensible.

Verdad es que la elevación del alma de Mirtea era inmensamente superior a la de cuantas rodeaban al príncipe.

Este, al recibir la crucecita, exclamó con voz sofocada por la alteración que su ánimo sufría:

—¿Pero usted..., usted?

—Yo pensaré contenta que esta cruz le ayudará tal vez a encontrar la resignación y el reposo—contestó gravemente Mirtea.

El príncipe entreabrió su chaleco e introdujo la cruz en su bolsillo interior.

—¡No sé con qué palabras podría darle las gracias, Mirtea!... Pero acuérdesese que en adelante puede usted pedírselo todo a su primodijo, ofreciéndole nuevamente el brazo.

Y ambos encamináronse al castillo.

Como había dicho el príncipe, los jardines estaban completamente desiertos, y en el castillo no se notaba movimiento ninguno.

Antes de llegar a él, Mirtea detúvose.

Ahora, puedo ya entrar sola. Muchas gracias, príncipe.

—¡Príncipe!—dijo éste con tono de reproche—. ¿No quiere usted llamarme primo, Mirtea? Verdad es que hasta hoy, arisco y misántropo como me ha conocido usted siempre, no había tratado de reivindicar los privilegios que ese grado de parentesco me otorga. Pero ahora ha estrechado fuertemente esos lazos la admirable abnegación y el afecto que consagró usted a mi adorado angelito... Y si me llamase usted con ese título que ahora ambiciono, me demostraría que me ha perdonado aquel espantoso segundo de locura, que será uno de los más dolorosos recuerdos de mi vida.

—¡Oh, no vuelva usted, a pensar en él! Ruégole que lo olvide para siempre, como yo desde ahora lo desecharé de mi pensamiento... Tanta es mi dicha al pensar que Dios, en su misericordia, me ha permitido llegar en aquel terrible instante. ¡Ah, olvidémoslo los dos, y créame usted que no le guardo ningún resentimiento, primo mío!—concluyó la joven tendiéndole tímidamente la mano.

—¡Gracias, Mirtea!...—contestó efusivamente el príncipe inclinándose y rozando con sus labios los dedos que le ofrecían. Luego se alejó lentamente, no sin volverse varias veces para estar seguro, sin duda, de que Mirtea no necesitaba ya su auxilio.

La joven dirigióse sin novedad a su cuarto. Pero al llegar a él sintió un gran desfallecimiento, y sólo tuvo tiempo de dejarse caer en un sillón.

Tendida en él la encontró Thylda dos horas más tarde al ir a arreglar el cuarto...

Y la joven camarera bajó precipitadamente esparciendo la voz de que a la señorita Mirtea la había atacado la enfermedad que arrebató de la tierra al principito.

CAPITULO XI

Por fortuna, no se confirmaron los temores de Thylda. El doctor Heday no encontró ningún síntoma alarmante. Mirtea no tenía más que una fiebre nerviosa, debida al cansancio y a las emociones de los pasados días.

Katalia compareció pronto en el aposento de la joven, y le manifestó que Su Excelencia la había mandado llamar, ordenándole que abandonase todos sus quehaceres a fin de ocuparse exclusivamente en cuidarla.

El celo que demostró el ama de llaves en cumplir con discreta y respetuosa solicitud aquel cometido, claramente demostraban la extensión y la precisión severa de las órdenes del príncipe.

Hasta entonces, la encargada de la economía del castillo, aunque no dejase de haber procedido siempre en correcta forma, pareció, lo mismo que toda la servidumbre, considerar a Mirtea como una entidad algo descuidable. Pero aquella breve entrevista con el señor de Voraczy modificó ostensible y totalmente sobre semejante punto las ideas de Katalia.

Durante los ocho días que Mirtea guardó cama o no salió de su habitación, el doctor fue a visitarla mañana y tarde.

Al cabo de tres días, sintiéndose ligeramente aliviada, la joven habíale dicho:

—Verdaderamente, doctor, no hay necesidad de que se moleste usted tanto. No estoy enferma hasta el punto de que deba usted visitarme diariamente dos veces.

—¡Orden del príncipe Milcza, señorita!—respondió el médico—. Y al salir de aquí debo también ir cada vez a comunicarle cómo sigue usted... Es natural: no puede hacer menos por aquella que arriesgó su vida cuidando a su hijo.

—¡Cómo exagera usted, doctor!—dijo la joven con cierto airecillo de enfado.

—¡Bueno, bueno! Sé perfectamente lo que me digo, señorita Mirtea... Y por fortuna, el príncipe Milcza no es hombre que se olvide de sus deudas.

* * *

La condesa Zolanyi y Terka, una vez estuvieron totalmente convencidas de que no había nada que temer de la terrible enfermedad, subieron varias veces a visitar a Mirtea y a pasar con ella algunos momentos.

Renato y Mitzi solicitaron también acompañarlas; pero Irene se abstuvo, pretextando que no estaba del todo segura de que no hubiese aún peligro de contagio; pero en realidad no era así. Lo que no quería la altanera joven era dar un testimonio de simpatía a aquella prima, cuya belleza e irresistible encanto despertaban su envidia, y que acababa de adquirir una nueva aureola por la abnegación que demostró al no abandonar la cabecera del principito.

El padre Joaldy fue también a visitar a la enferma, y le trajo un estuche de cuero blanco, en el que, una vez lo abrió, vió Mirtea la admirable estatuilla de la Virgen que estaba en el aposento de Karoly.

—El príncipe Milcza quisiera que la aceptase usted en recuerdo de su hijo—explicó el limosnero.

—¡Oh, me complace muchísimo!... Dé usted las gracias al príncipe en nombre mío, padre—contestó emocionada Mirtea.

Ahora, cada vez que su mirada encontraba la estatuilla de marfil, dedicaba un recuerdo al niño y dirigía al cielo una oración para el padre.

¿Habría por fin descendido alguna resignación en aquella alma desgarrada por el más acerbo dolor y rebelada contra el destino?... Mirtea preguntábase esto con angustia. Pero no le era posible informarse, pues la condesa

no había vuelto a ver a su hijo desde el día de los funerales, y el padre Joaldy no había podido provocar la menor confidencia cuando recibió la visita del príncipe, el día en que éste le entregó la estatuilla. Mirtea sabía únicamente que mostraba a todos un rostro impasible y glacial, que se pasaba largas horas encerrado en su despacho, comía apenas y se entregaba, en el parque, a fantásticas y azoradoras carreras a caballo.

—¿Buscará acaso la muerte por este medio?—pensó Mirtea con espanto, y aguardó con secreta impaciencia el momento en que le sería permitido reanudar su vida normal. Tal vez entonces podría encontrarle y adivinar lo que pasaba en aquella alma cerrada a todas las expansiones. No le fue posible, sin embargo, realizar su esperanza. Tanto en el castillo como en el parque, el príncipe permanecía invisible.

—¡Acabará por volverse loco!— murmuraba Terka.

—Pero, en fin—dijo un día Mirtea, llevada por su franqueza—, ¿no podríais probar, discreta y suavemente, de arrancarlo a su soledad?

Terka e Irene permanecieron, por espacio de un instante, mudas de estupor.

—¿Qué dices?...—exclamó al fin la mayor—. ¿Tendrás también trastornado el cerebro, pobre Mirtea?... No puedo creer que conociendo al príncipe Milcza, no te hagas cargo de la manera como acogería tal audacia.

—Porque no le amáis bastante..., porque sabe que le tenéis miedo—dijo resueltamente Mirtea—. Pero si os atrevieses..., si él viera el ardiente deseo de consolarlo, de mitigar su pena...

—¡Oh, oh!—interrumpió Irene con burlesca risita—. Tú ahora te muestras intrépida porque a él le plugo olvidar, gracias a los ruegos de su hijo, la libertad de lenguaje que usaste con él cierto día. Pero eso no se renovaríá impunemente, tenlo por seguro... Y puedes estar segura también, de que ni nosotros mismas, sus hermanas, seríamos bien recibidas si intentásemos la manera de cambiar su humor arisco.

—Francamente, Mirtea, si estuvieses en nuestro lugar, ¿lo probarías?—preguntó Terka.

—Sin duda alguna. Me sería imposible sentir cerca de mí sufrir a mi hermano sin probar de consolarlo, de curarlo..., aun a riesgo de provocar su irritación o su desagrado.

Irene dirigió una mirada malévola al bello rostro en que irradiaba un secreto y caritativo ardor, y dijo con tonillo de mofa, encogiéndose ligeramente de hombros:

—Verdaderamente eres muy cándida, Mirtea, y tienes muy exaltadas ideas. ¡Un poco más, y nos pedirías que convirtiésemos al príncipe Milcza!

—Es claro que sí, y deber vuestro sería probarlo—replicó fríamente Mirtea.

Y dejando a la irónica joven entregada al estupor que le produjeron aquellas palabras, salió del aposento en que aquella conversación se había desarrollado.

Aquella tarde quería ir la joven a visitar a un niño enfermo de los alrededores de Voraczy. La epidemia había decrecido totalmente; la condesa y sus hijas reanudaron poco a poco sus relaciones, y Mirtea sus visitas de caridad. El padre Joaldy le indicaba solamente las viviendas en que no se había cebado la plaga, a fin de que no se arriesgase a llevar al castillo algún germen funesto.

Después de haber llevado sus consuelos, sus consejos y una limosna, ¡ay!, muy ligera a la pobre morada, la joven regresaba lentamente al castillo atravesando el parque.

Algo fatigada, porque aún no había recobrado del todo sus fuerzas, sentóse cerca de un estanque, ante el cual varias hayas enormes, cortadas recientemente, formaban una especie de alta barricada.

Al buscar su pañuelo para enjugarse algunas gotas de sudor que la calurosa temperatura hacía perlear en sus sienes, su mano encontró un portamonedas de flexible cuero... Hacía algún tiempo que lo llevaba siempre encima, con la esperanza de poder al fin explicarse, respecto a aquel asunto, con el príncipe Milcza. El incidente relativo a Miklos y más tarde el penoso suceso de que Voraczy fue teatro, retardaron aquella explicación, que era, sin embargo, indispensable.

Pero, ¿cuándo le sería dable volver a ver al príncipe, ya que más que nunca parecía sumirse en su hosca soledad?

(Continuará)

Suave Leyenda

Un niño de cabellos de oro, de mirada
de cielo
y cuya boca, divina y sonrosada,
fingía
un terciopelo
rojo, a su madre un día
decía:

—«Qué es lo que llaman Patria, madre
[mía.]»

Y la madre, sonriente,
le contestó, besándole en la frente:
—El pedazo de tierra en que vivimos,
el cielo que nos cubre, el amor que
[sentimos
el aire que nos trae los olores
de las mejores
flores,

y el idioma que hablamos
y la fe que aprendimos y enseñamos.

—«Y la bandera, madre, la bandera!
—La bandera, hijo mío...

La bandera es un trío
celeste, rojo y rubio. Tú tienes la
[bandera

en tus cabellos de oro,
en tus ojos azules
y en tu boquita roja. Encantado tesoro
de toda mi amorosa primavera:
arráncate los labios
y los ojos azules
y los cabellos de oro
y hacemos la bandera!

Y el niño, por los amplios corredores,
lleno de los olores
de las mejores
flores,

hacía un ruido sonoro
de gasas y de tules,
de agua, de brisa, de capullo y de hoja
sacudiendo la rubia cabellera
y diciendo con gracia lisonjera:
«¡En mis cabellos de oro,
en mis ojos azules
y en mi boquita roja
yo tengo la bandera!»

II

Pasaron años... A la Patria un día,
atacaron con pérfida osadía

fieros
aventureros.
Y aquel niño, que entonces ya era
[un mozo

de veintidós eneros,
se fue con los guerreros
que iban a la frontera
y en medio de fusiles y tambores,
llevaban la bandera,
para vencer los fieros invasores.
Y la madre, admirando su ardentía,
reía,
sonreía,
suspiraba,
lloraba
de alegría!

III

Volvieron los guerreros,
curtidos por el sol,
olorosos al humo del combate,
salpicados de sangre los aceros
y revuelta la undosa cabellera.
Y entre la música de los clarines,
bajo una tarde azul de primavera
y entre una lluvia de olorosas flores,
los fieros
paladines
vencedores,
traían la bandera,
que venciera
a los fieros invasores!...
¡Salud al capitán, que cuando niño,
recorría los amplios corredores,
sacudiendo la rubia cabellera
y repitiendo con febril cariño:
«¡yo tengo la bandera,
yo tengo ese tesoro
de gasas y de tules,
en mi boquita roja, en mis ojos azules,
y en mis cabellos de oro!»
Que griten los soldados vencedores,
con olímpico afán,
y digan los cornetas y tambores:
¡que viva el capitán!

T. GUTIERREZ CALDERON

LA SANTA BIBLIA

Versión del DR. TORRES AMAT

Edición de bolsillo en tres tomitos, en pegamoid, al precio total de ₡ 14.00

EL NUEVO TESTAMENTO | EL ANTIGUO TESTAMENTO
1 tomo ₡ 3.00 | 2 tomos ₡ 11.00

Esta edición manual de la SANTA BIBLIA, ha sido bendecida por Su Santidad el Papa Pío XI

DE VENTA EN LA

LIBRERIA LEHMANN
(Sauter & Co.)

Madres

DEXTRO MALTO

Es el mejor alimento para su niño

Su precio bajo, lo pone al
alcance de ricos y pobres.

Dr. M. FISCHER & Co.
Apartado 434 - San José

Use bombillos

EDISON MAZDA

The Costa Rica Electric Light
& Traction Co., Ltd.

Departamento Comercial
Distribuidores

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de Grecia, Hacienda «VICTORIA».
» de Santa Ana, Hacienda «LINDORA».
» de Turrialba, Hacienda «ARAGON».

ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.

ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

APARTADO 493 - TELEFONO 2131



QUESADA Y AMADOR

FABRICA DE ESCOBAS

La más antigua

Gran variedad de cepillos
para todos los usos
del hogar.

Detrás del
Colegio Superior de Señoritas

TELEFONO 2879

COCINAS ELECTRICAS THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

Adela v. de Jiménez e Hijos

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Materiales de Construcción

Ferretería - Taller Mecánico

Piedra Quebrada

Teléfono 2278